

Por José Ignacio Silva A.

Gonzalo Millán (1947) tiene grandes motivos para estar contento. Hace poco se adjudicó el Premio Altazor por su libro "Autorretrato de Memoria", y luego los críticos literarios sumaron otro galvano a su profuso palmarés. Pero él no se inmuta y opta -como siempre- por la mesura. Le preocupa más una rebelde bronquitis que las "medallitas de cobre" y el aleteo de los "plumíferos" del "gallinero" literario nacional. Millán la tiene clara.

El autor de libros tan importantes como "La Ciudad" y "Relación Personal", ha pasado también por el collage, el pop art y la poesía visual. Pero quizás su mejor trabajo sea ese sigiloso silencio con que deambula en la literatura chilena, hablando con elocuencia y categoría en sus libros. Profesor y habitual jurado de concursos, Millán confiesa que "preferiría quedarme en mi casa, escribiendo, dibujando o mirando por la ventana".

No se duerme y sigue trabajando. En los próximos meses aparecerá un nuevo libro suyo, editado por la Universidad Diego Portales (UDP): la tercera parte de la trilogía que componen "Clarooscuro" y "Autorretrato".

Un poeta urbano y santiaguino con una de las poéticas más sólidas de la lengua castellana, pero con la cabeza vacía de humo. Conversó con El Periodista de su obra, de la cultura en Chile y de su amigo, el desaparecido Roberto Bolaño.

¿Cambia la vida un premio como el Altazor?

Bueno, de cambiar la vida, no cambia. Si la altera, es un impacto positivo, agradable de recibir. Un reconocimiento, pero también todos los premios causan susto. El éxito da susto.

¿Mantiene ese susto a estas alturas de su vida?

Siempre existe, porque un premio también es una amenaza de asimilación, de salir del puesto lateral y ser el centro de atención por un rato, estar bajo los focos, que en general no me gusta, porque no lo paso bien. No tengo vocación de pavo real, me siento incómodo. Soy poco sociable, reservado.



¿Eso significan los premios para usted, moverse hacia el centro del escenario?

En parte son eso. Ahora, creo que los premios y los premiados se necesitan mutuamente. Los premios necesitan buenos premiados.

¿Y en los últimos años ha habido buenos premiados?

No me atrevería a juzgar eso. Ser jurado es uno de los juegos que uno tiene que jugar cuando está en el mundo literario. Uno tiene que concursar, premiar y ser premiado. En general, uno cuando premia olvida muy pronto. Cumple su labor y chao. He sobrevivido haciendo clases. Entonces, acordarse de un premiado es

como acordarse de una buena nota.

Estamos ad portas de conocer al nuevo Premio Nacional de Literatura. ¿Qué le parece la eterna polémica por su entrega?

La situación es muy clara: este es un gallinero chico y el maíz que le tiran a los pollos no es mucho. Eso justifica el asunto. También anima el ambiente literario chileno, que es tan aburrido. Sirve para agitarlo un poco, porque en realidad es muy fome.

¿Tiene algún candidato favorito?

No te voy a confesar ninguna preferencia. Siempre hay premiados, basta revisar los Premios Nacionales pasados y se ve que nunca falta alguien a quien dárselo. Este año hay gente que tiene mérito, de varias edades. El Premio necesita premiados, así que hay que darlos por necesidad. Los premios desiertos no tienen sentido. Mucho más en este ambiente de gallinero, en que un premio desierto es un insulto a todos los plumíferos.

Leyendo su poesía, parece que está usted siempre recordando ¿Por qué esa necesidad tan grande, especialmente en su último libro?

No sé si estoy tan de acuerdo en eso, pero también es un juego de palabras con la memoria. Acuérdate que la poesía es hija de una de las tantas musas, que es hija de la memoria. Entonces lo primero es la memoria, des-



Gonzalo Millán, poeta:

"La cultura en Chile sigue siendo la rueda de repuesto"

Hace poco recibió dos premios, pero sigue impasible. Su "falsa modestia" trabaja fuerte para evitar que él se crea un cuento merecido, por la gran calidad de su trabajo poético. Es Gonzalo Millán, un ser humano de capa caída, que trabaja en silencio en un ambiente donde el ruido (que aumenta al acercarse el Premio Nacional) es moneda corriente.

pués la poesía y todas las artes.

¿No es por necesidad que recuerda constantemente?

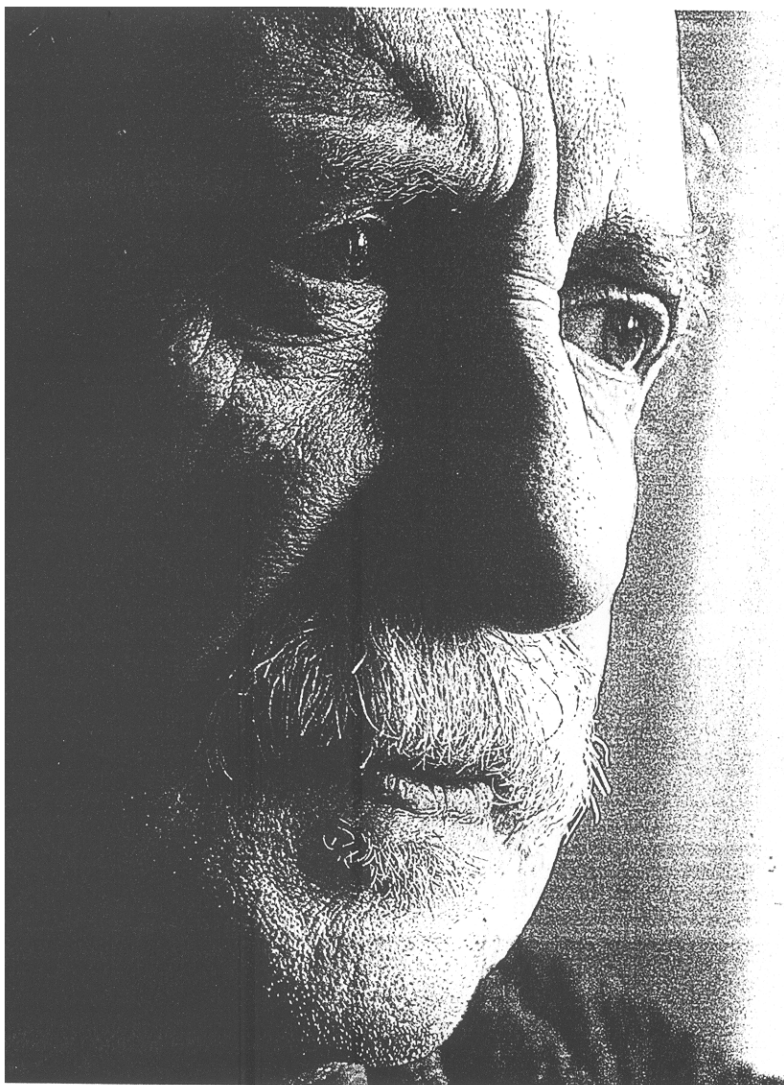
El poeta y el escritor trabajan con la memoria. La materia prima son el lenguaje, el tiempo y la memoria. Unos le ponen más memoria, otros más tiempo o más lenguaje, pero esos son los materiales primordiales. Sin saberlo, he trabajado desde siempre con ellos. Igual varían los ingredientes, y en mi caso eso depende de la actualidad que estoy viviendo. Ahí entra otro factor: la actualidad, los accidentes del presente.

Por lo mismo, su poesía cumple una función de crónica, ¿es quizás esa una función del poeta, hacer una crónica de su tiempo?

No sé, varía con las épocas, con las sociedades donde los poetas viven en determinado tiempo, en que el testimonio es muy importante. Sobre todo en momentos de crisis. En otros más serenos, a lo mejor hay tendencia a preservar lo universal, lo más general.

En su último libro, usted hizo crónica de su infancia y adolescencia...

Mirado desde fuera, podría ser clasificado como algo así, pero no creo que la memoria esté compartimentada en períodos. Así como en la historia hay épocas fijadas por los historiadores, no creo que uno fije épocas en la propia vida. La memoria para mí es caótica, amorfa. No tengo un cajón de memorias de mi infancia y otro de mi adolescencia. Está



todo mezclado.

¿Entonces es azaroso que hayan salido todos esos recuerdos en "Autorretrato de memoria"?

Necesaria y obligadamente azaroso. Un azar determinado por la biografía. Hay ciertos momentos en que las cosas ocurren y otros en que no. Ahora ocurrieron muchas cosas. Lo primero que ocurre no es algo biográfico, sino un episodio dentro de la confección de un trabajo. Hace muchos años estaba interesado en examinar la relación entre poesía y pintura. Entonces el libro sale como tercera parte de una trilogía. ¿Qué quiero decir con eso?, que el libro se ubica con una intención en este período de mi vida. No es que me acordara de algo y me pusiera a escribir, sino que es parte de un proyecto de escritura. Eso es lo principal. El resto -cómo se arma un archivo de memoria- ocurre por el diálogo que se da entre poesía y autorretrato.

Usted dijo que este libro era "terapéutico". ¿De qué necesitaba curarse?

Tendría que explicar qué quiero decir con "terapéutico". Otra de las funciones de la poesía es esta terapéutica, entendida no en el sentido médico, sino mágico; ligado a la creatividad, al conjuro. Otras obras mías -como "La Ciudad" o los libros más colectivos- han tenido ese carácter. Y en el sentido individual, "Relación Personal", donde la expresión -ya sea personal o de un tema común- busca un cambio de la situación que se describe, que puede que no ocurra en la realidad.

Ahí la escritura actúa como un canto que ayuda a rechazar lo negativo y propiciar lo positivo.

¿Qué le atrae de trabajar con géneros distintos?

Es la complejidad, así como a un campeón de ajedrez le debe gustar una simultánea con 50 adversarios malos. Creo que la poesía tiene esa complejidad creciente.

¿La mezcla caracteriza a la literatura actual?

Es una tendencia muy fuerte a salirse de los casilleros, a desmarcarse y crear obras híbridas, mestizas. Hoy la mezcla por la mezcla es un género nuevo.

Usted también estuvo cerca de la novela, en la época de "Relación Personal"...

A los 18 años escribí una novela que nunca se publicó. Faltó que me la encontraran buena. La presenté en una editorial y me dijeron que tenía mucho ripio, que no era suficientemente narrativa. Creo que me decidí por la poesía porque mis poemas fueron mejor recibidos. Eso me señaló el camino.

¿Cuál es la diferencia de la ciudad a que alude su libro y el Santiago en el que vive hoy?

La principal es que este Santiago de hoy no vive bajo una dictadura, vive en una democracia. Con apellidos, pero democracia. La ciudad que alude es un espacio latinoamericano, distópico. La ciudad que aparece en el libro no salió de la mímesis, pero va creciendo y cambiando, y me interesa dejar testimonio de ese cambio. Santiago ha crecido en volumen y complejidad, tiende a ser megalópolis, con problemas ya no

de tiranía, sino de congestión, contaminación, sistemas económicos. Esos cambios se ven en las versiones posteriores de "La Ciudad". La ciudad natal es un asunto de resignación. Hay que aceptarla como fatalidad, como uno acepta a sus padres. He probado irme a vivir al campo o la playa, pero en un país como éste, por un tema económico, tienes que volver porque acá está el trabajo. Es difícil vivir en la playa si uno no tiene una herencia, el Kino o una beca. He ganado premios, pero poca plata. Puras medallitas de cobre, no más.

Podría entonces considerarse un poeta urbano...

Sí, me calza esa definición: poeta urbano y santiaguino, con orgullo. La ciudad me da las cosas que necesito.

¿Cómo fue conocer a Roberto Bolaño, un escritor hoy casi divinizado?

Un objeto de culto, preferiría. El encuentro ocurrió en 1978, en Barcelona. Yo en ese tiempo vivía en Canadá y Roberto se había ido hace varios años a Barcelona. Se produjo porque me carteaba con el poeta español Carlos Edmundo de Ori, y en un momento yo iba a ir a España. Dijo que nos juntáramos con dos poetas jóvenes chilenos que vivían en Barcelona: Roberto y Bruno Montané. Bolaño me conocía, porque era muy amigo de Jaime Quezada, y estaba muy al tanto de lo que escribían los poetas de la Generación del '60. Él me conocía más que yo a él. Fue un agrado conocer a estos poetas que vivían lo mismo que yo, el exilio. Había elementos comunes. El infrarrealismo era para mí una retórica revenida. Seguramente, como el estilo de Roberto era de ese tipo, tampoco le debe haber interesado mucho mi poesía, que era distinta. Con los años se fue creando una amistad, llegamos a apreciar lo que cada uno hacía. Me atraía la mezcla de vitalismo y de intelecto apasionado. El era un creyente de la creación.

Él dijo que usted no se propone a sí mismo

Lo más interesante de Chile es lo que no nos interesa, a lo que le sacamos el cuerpo, lo que no queremos ver. Nuestra imagen desgarrada y mestiza.

como "poeta nacional". ¿Hay poetas acá que caen en eso?

Es una tentación, pero tengo una falsa modestia bastante grande. Hay abundantes casos de otros que sí han caído, pero eso también es disculpable, porque el mismo sistema propone esa imagen, procrea sus pequeños dioses y demonios.

¿Qué opina sobre el estado de la cultura en Chile?

Después de haber vivido cerca de 20 años fuera, creo que culturalmente este país es bastante mediocre. Cada autoridad debería luchar por la cultura, que es muy importante para la imagen de un país. Desde los '70, en el gobierno de Allende -donde la cultura era "la quinta rueda del carro"- la cultura es así, sigue siendo la rueda de repuesto. No cuestiono a las autoridades respectivas. Lo que digo es que si comparo el ambiente cultural de Argentina o México, son mucho más interesantes que el de Chile. Lo más interesante de Chile es lo que no nos interesa, a lo que le sacamos el cuerpo, lo que no queremos ver. Nuestra imagen desgarrada y mestiza. [E]